

Viaje por la prehistoria de Matacán

FRANCISCO MORALES IZQUIERDO
Teniente Coronel de Aviación

QUIERASE o no, el vivir en el mismo siglo que vio nacer a la aviación nos ha influido negativamente a la hora de valorar nuestra propia y particular historia alejándonos de ella. Somos más, quizás, hombres, de la técnica que de las letras. Es, casi, hasta lógico. Es más apasionante dejarse deslizar, ir detrás de los últimos adelantos que nos impulsan a mayores velocidades, a mayores alturas, a mayores odiseas, que no bucear en viejos papeles, en pasadas vidas

que, sin embargo, no lo olvidemos, han hecho posible con la suma de sus individuales esfuerzos, los logros hoy día alcanzados.

Al fin y al cabo, como vengo insinuando, bien puede entenderse —remedando las palabras del primer hombre que pisó la luna— que entre el ingenio que se elevó sobre las terrestres llanuras de Kitty Hawk y el que se posó en el lunático Mar de la Tranquilidad la Humanidad dió "un gran paso", mientras que por el contrario, entre el vuelo de

los pioneros hermanos Wright (1903) y el caminar extraterrestre del astronauta Neil Armstrong (1969), tan sólo hubo uno muy "pequeño", que hace que nuestra historia, la aeronáutica, devenga en doméstica, como para andar por casa, y así parece ser, cuando es posible aún reunir alrededor de una mesa camilla los recuerdos familiares del abuelo que rememora los vuelos feriales de los Lacombe, Garnier o Loygorri, con el nieto que habla de los modernísimos "F" o de sus homólogos los "Mig", mientras que en un rincón, la abuela se sobrepone al sonido de la música del más duro rock que atrona desde el salón, musitando aquella canción de sus juegos infantiles...

Santos Dumont, Santos Dumont se subió a un globo que quería dirigir con aire sólo. Sentado en su globo estaba para dar la dirección y cuando más alto estaba, su mamá le preguntó ¿eh!, Dumont, ¿bajas o no?

Puestas así las cosas no es de



Muestra de las piezas recogidas. Líneas 1 y 2.— Lascas de cuarcita. Línea 3.— Restos de cerámica en los que destacan las decoraciones con técnicas "mamelón", "excisos" y "boquique".



El Soldado Arqueólogo JOSE SUAREZ OTERO afortunado descubridor de tal descubrimiento.

extrañar que puedan sorprender las líneas que siguen a continuación, sobre todo, si lo que van a contarnos es una historia que se desarrolló hace muchos, muchos años.

Fueron los fuertes vientos que barrieron la península durante los últimos días de febrero, los causantes de que la Base apareciera salpicada de papeles, plásticos y demás objetos con los que se había entretenido jugando. Vuelta la calma, se imponía una "operación de limpieza", por lo que fue ordenado un barrido por la llanura del campo de vuelo más próxima al vertedero. En tal menester se encontraba el Soldado José Suárez Otero, arqueólogo por estudios y vocación, cuando entre una y otra agachada, descubrió un fragmento de vieja cerámica que si bien para el resto de sus afanados compañeros habría pasado desapercibido, no ocurrió así para él, estudioso de nuestras raíces, que, con prontitud, examinó atentamente la inmediata zona comprobando que el hallazgo no lo era de una muestra solitaria sino parte

Típicas muestras del hallazgo, en la que se observa en detalle las tres técnicas de decoración empleadas.

de un yacimiento superficial que merecía ser sometido a posterior investigación. Conocedor de mis aficiones por las "piedras", a través de las conversaciones con las que ambos nos habíamos entretenido anteriormente, solicitó el correspondiente permiso para hablarme de un asunto que, en su opinión no equivocada, merecía mi atención. Conociendo, esperó pacientemente a que saliera de una larga reunión, al término de un no menos largo y tenso día, lo que motivó, cuando me comunicó que "algo" tenía que decirme, que rogara a Dios para que la noticia de la que iba a ser participe fuera agradable. ¡Y vaya si lo era! Lo era tanto, que sin pérdida de tiempo, contemplando sobre mi mano el trozo de cerámica decorado con técnica de Boquique, nos dirigimos a la zona deseosa de poder escudriñarlas yo mismo, al sospechar que aquel pequeño fragmento cerámico podía ser coetáneo del hacha trapecial de cobre, de la Edad de Bronce, que Maluquer de Montes reseñara en su "Carta Arqueológica de España", como parte de algunos descubrimientos hechos en este campo de Matacán, dentro de los límites de la finca "Castañeda". El resultado de esta rápida inspección se contempla en el "Borrador de informe" que allí mismo hiciera el Soldado Suárez, más tarde corroborado, en visitas posteriores, por las opiniones de los representantes universitarios. Dice así:

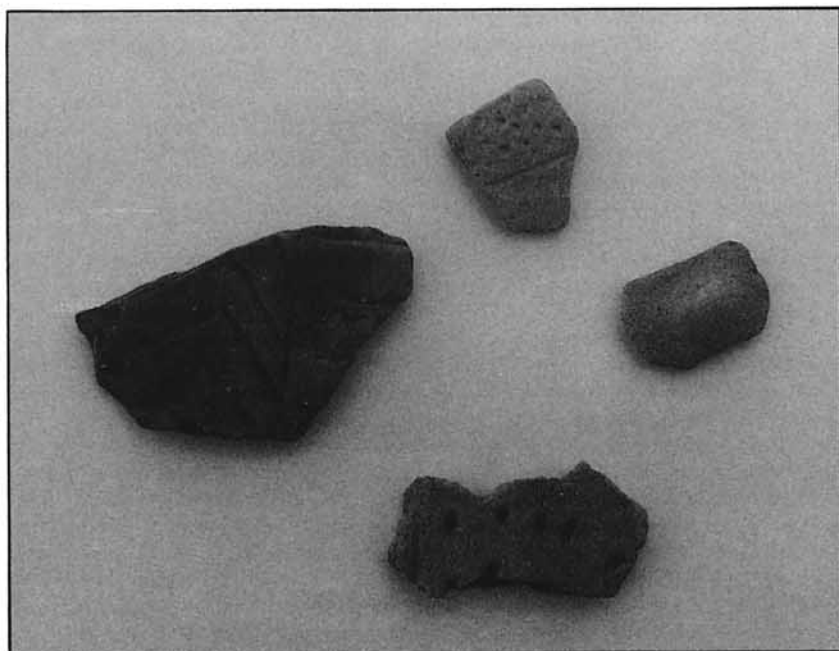
MATACAN-CASTAÑEDA

— Asentamiento humano en fondo de valle. Espacio llano y abierto en la primera terraza del Tormes.

— Cerámicas predominantemente lisas y de morfología sencilla basada en la línea curva: cuencos hemisféricos y ultrahemisféricos. Las decoraciones se basan en la impresión o en la presencia de elementos de plástico: cordones y pezones. Destaca la existencia de un fragmento decorado mediante "Boquique" (líneas formadas mediante un punzonado corrido) y "excisión" (consiste en levantar la superficie externa del vaso siguiendo unas intenciones y pautas decorativas). Por último señalar la presencia de formas cerámicas más complejas que las mencionadas en primer lugar: vasos abiertos, con hombro indicado o la presencia de fondos umbilicados y planos.

— Se constata la existencia de una industria sobre cuarcitas locales (lo evidencian los restos de talla frecuentes en la superficie del yacimiento).

— Resulta difícil de momento dar una interpretación cultural definitiva del hallazgo, pero la presencia señalada de "boquique" y "excisión" nos remite a su asentamiento en la órbita de la cultura de Cogotas I (1400/1300 a 800 a.c.) a la que pueden corresponder también el resto de las cerámicas, especialmente aquellas de formas más com-



plejas y evolucionadas. El único problema radicaría en aquellas más simples que, junto a las decoraciones impresas, nos remiten a tiempos y culturas anteriores, por lo que cabe interpretarlas bien como indicador de la existencia de por lo menos dos asentamientos distintos, el más antiguo de los cuales correspondería a un horizonte de la Edad de Cobre (2500 a 2000 a.c.); o bien como expresión de la presencia de rasgos arcaizantes, ligados a un trasfondo cultural autóctono, en plena Edad de Bronce, dentro de lo que denominamos "cultura de las cogotas", entendiendo así que el yacimiento se identifica con una única fase cultural.

Varias son las ocasiones, desde entonces, en que he dejado perder mis pasos por la planicie matabanera, encontrando fragmentos de cerámica y pequeñas lascas o esquivras, que hacen volar mi imaginación a aquellos mil o dos mil años, antes de Cristo, en que unos hombres, llegaron a estas tierras. Corría la Edad del bronce y, más concretamente, su etapa final, la llamada del Apogeo (1200 a 700 a.c.), en la que la Gran Cultura de Cogotas I, calificada como indígena, se extendía por toda la meseta norte, cuando las gentes que se sirvieron de estos utensilios pasaron por Matabanera. Su economía de pastoreo hacía que sus asentamientos no fueran prolongados, cambiando de uno a otro lugar, en un intento de un mejor aprovechamiento de lo que la naturaleza les ofrecía con sus distintas estaciones,

sin efectuar acopio alguno. La preocupación por un fácil abastecimiento de agua, hacía que eligieran la proximidad de los cauces fluviales como lugares ideales para la instalación de sus poblados, compuestos por pequeñas cabañas rectangulares de unos 7 x 4 metros, pisos de barro endurecido, paredes hechas a base de barro y ramas, descansando sobre zócalos de 4 ó 5 hiladas de piedra de unos 40 cm. de anchura y techumbre a doble vertiente. Alrededor de estos poblamientos pastarían los rebaños de ovejas y de cabras, junto a cerdos, vacas y caballos, que conformarían, con la obtención de cereales de su doble economía agrícola y de pastoreo, así como su alimentación.

Pero puestos a imaginar mientras sigo observando en mi mano una de las varias lascas de cuarcita recogidas, dejo volar, de nuevo, mis pensamientos y pienso —¿por qué no?— que si allí pudo haber un hombre o quizás varios, en concordancia con el número de muestras encontradas, dedicado a la fabricación de útiles que respondieran a sus necesidades, también pudo haber allí —¿por qué no?— algún joven muchacho dispuesto a aprender aquello que hacían sus mayores, y si hubo artesano y aprendiz, si hubo maestro y discípulo, no sería muy descabellado pensar —¿por qué no?— que ha unos dos mil años antes de Cristo, la primera de la larga lista de Escuelas de Matabanera, abriera sus puertas, que no son otras que las amplias, muy amplias del aire que nos rodea.

Cuando terminado mi paso yergo mi cabeza, levanto instintivamente mi mirada dejándola correr por un horizonte que me perfila el cercano pueblo de Calvarrasa, al que llegaron las tropas napoleónicas cruzando la llanura donde permanezco; el "alto soto de Tormes de las iglesias y catedrales salmantinas; el silencioso huerto de Fray Luis, desde el que cantara a Cristo sus nombres; las recogidas casas de Castañeda donde otrora se alzara villa romana; el Teso del Carpio, homenaje imperecedero al desafío de Bernardo y, por último, los barracones, primeros, que sirvieron de viviendas a los participantes de una fratricida lucha que Dios quiera nunca vuelva, pero que permitieron que se levantara, en este entrañable rincón salmantino, la Base Aérea de Matabanera desde la que hoy servimos a España, orgullosos de su pasado y comprometidos con su futuro.

A punto de caer la tarde, abandono la zona, no sin antes esquivar la rápida carrera de una liebre, un "matabanera" a la que mis pasos sorprendieran encamada al pie de una retama, y mientras se pierde en la lejanía, creo oír el murmullo de un coro de infantiles voces que canta:

Baja Dumont, baja Dumont
que aquí te espera
una comisión para hacerte
alcalde de Antequera.
Que se vaya cuando quiera
que yo no pienso bajar
que me pienso dirigir
hacia el Peñón de Gibraltar... ■

Efemérides aeronáuticas

*AGOSTO. El día 3 de este mes del año 1909 tuvo lugar la primera misión de la Aerostación Militar española en campaña. A las 10 de la mañana, desde el campamento del Hipódromo, en Melilla, se elevó el capitán Gordejuela Causillas con el globo esférico **Urano**, para reconocer las cañadas del Gurugú, alcanzando una altura de 700 metros desde donde descubrió, en una hondonada, un campamento moro, señalando por teléfono su situación y dirigiendo desde su privilegiado observatorio el fuego de la batería de obuses del fuerte Camellos, que resultó muy eficaz. Se vio a los moros dispersarse por las barrancadas perseguidos por las explosiones y, más tarde, se supo por los confidentes que el bombardeo había causado muchas bajas.*

Otras dos ascensiones se realizaron aquel día, comenzando en una de ellas el capitán Herrera Linares a levantar el croquis del terreno a vanguardia de nuestras tropas, especialmente del monte Gurugú que así empezaba a desvelar los secretos de su complicada topografía.

LARUS BARBATUS